

JORGE CASTELLI

EL DELICADO UMBRAL
DE LA TEMPESTAD

Cuestiones de un general inglés

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

INTRODUCCIÓN

¿Qué decir cuando se ha entregado el honor? ¿Qué palabras emplear para describir aquello que, por otra parte, el mundo no tiene interés alguno en escuchar?

La victoria no requiere preguntas. La derrota, en cambio, está colmada de reclamos e interrogantes, pero las correspondientes respuestas son siempre insignificantes y avaras: la explicación real sobre mi fracaso al intentar la captura de la ciudad de Buenos Aires, sería juzgada en tal caso —y no lo dudo— como algo enteramente falto de sentido.

He traicionado a Inglaterra. He traicionado a mi Rey. En menos de cuarenta y ocho horas he traicionado a todas aquellas banderas que supe enarbolar a lo largo de mi vida. Se me preguntará, pues, cómo resulta posible que no esconda la mirada al enfrentarme con los espejos. Muy sencillo: he traicionado a todos, excepto a mí mismo. Tal vez un poco tarde he comprendido que lo único cierto es aquello que anida en lo más profundo del corazón. El resto, por importante que sea, se torna pequeño.

He asumido todas las responsabilidades y he cargado con las lógicas consecuencias precisamente por eso: porque resolví que la verdadera moral no está en no traicionar sino en no traicionarse. Puede parecer lo mismo, pero con certeza no lo es.

Finalmente, he de decir que la única subordinación valedera es a la propia conciencia. A riesgo de reafirmar la condición de traidor que los hechos me han impuesto, he decidido, después de tantos años de fidelidad a la Corona, que mi conciencia es más valiosa que la mismísima Gran Bretaña. Y justo es reconocer que pocas decisiones me han depositado a la vez ante tanta tranquilidad y ante tanto perjuicio.

I

Londres, enero de 1809.

Soy ahora lo suficientemente libre como para decir que usted, almirante Ashley, es uno de los pocos amigos que me han quedado en este mundo; tal vez el mejor, tal vez el único amigo que me ha quedado. Después de las acciones del Río de la Plata, después de la pérdida de Buenos Aires y de Montevideo y, por sobre todo, después del proceso librado en mi contra y de la posterior e inevitable condena, casi nadie se atreve a escribirme, casi nadie se atreve a visitar esta casa. Como buen militar, usted bien sabe que los derrotados deben aprender a convivir con la soledad, deben vérselas con ella a diario por el simple hecho de no haber obtenido éxito. Y esto, almirante, ocurre no sólo con las guerras y sus pormenores y derivaciones; esto ocurre con la vida: los fracasados —calidad humana aparte— cargan con el estigma del repudio solapado o frontal. La soledad descende de la derrota como el agua del cielo durante las tormentas.

Yo sabía estas cosas, yo conocía estas cosas aún an-

tes de rendir mi ejército en aquellas lejanas tierras del sud, aún antes de entregar mi sable al enemigo y a la humillación.

No es mi caso en nada similar al del brigadier Beresford, quien capituló en ese mismo lugar después de batirse con enorme valentía, cuando ya no le quedaba nada a qué recurrir. Yo, en cambio, arrié las banderas sin haber agotado ni mis reservas ni mi honor ni mi suerte. Y eso no se perdona. Y digo que está bien que eso no se perdona.

Beba ahora un poco de brandy, almirante Ashley. Tome esta copa, por favor. Bebamos por Su Majestad y por Inglaterra, amigo mío, más allá de lo que Su Majestad e Inglaterra signifiquen en la realidad. Después del brandy voy a narrarle aquello que no conté durante el juicio, aquello que pude callar hasta hoy, aquello que nadie sospecha: la verdadera causa por la cual Buenos Aires no fue reducida a polvo; la verdadera causa de la rendición, casi la mitad de mi ejército aún intacto y parte de la flota en condiciones de cañoneo sobre una ciudad que, créame, no hubiese contado con oportunidad alguna.

Un general no tiene amigos, bien lo sé; un general sólo tiene subordinados y camaradas, superiores y familia. Pero yo soy ahora un ex militar degradado y aborrecido. Y en cuanto a usted, almirante, se ha retirado del servicio con todos los honores, después de su hidalga conducta en Trafalgar. Podemos decir sin temores, pues, que somos amigos; podemos hablar, pues, con entera libertad.

Pero ahora bebamos, Ashley. Aquí, junto al fuego, en estos sillones de cuero posiblemente sudamericano, en

esta tarde tan fría y tan británica, su fiel amigo, John Whitelocke, lo invita a beber a la salud de todos los fracasados de la Historia.

II

Desconozco su opinión al respecto, Ashley, pero a mi simple entender, existen varias clases de oficiales. Digo aquí los oficiales de rango superior, los comandantes. De entre esas varias clases, sin embargo, hay tres que destacan oponiéndose entre sí como los vértices de un triángulo.

Por un lado, el oficial clásico, cuyos valores únicos son la obediencia y el coraje; para él no hay otra cúspide más allá de lo aprendido en la escuela militar: la obediencia y el coraje. Por otro lado, está el aventurero, el hombre ansioso y apasionado que vive tratando de ver más allá de la línea del horizonte, aquel que goza con la audacia propia y con los caudales ajenos. Ésta es una raza minoritaria que, por lo común, suele tener a la suerte y al populacho de su parte.

Pienso que la chusma prefiere a los aventureros —siempre y cuando resulten exitosos, claro está— porque los aventureros ejemplifican como nadie el modelo del héroe. Los políticos, en cambio, eligen con frecuencia

al oficial clásico, ya que éste acostumbra a resguardarles las decisiones y los tesoros sin preguntas ni asomos insolentes.

Aunque muchos no alcancen a percibirlo así, yo creo que el comodoro sir Home Popham es una excepción, una mezcla notable —y aparentemente contradictoria— de ambos tipos de oficial. Veo, por el modo en que usted sonríe, que comparte mi opinión. Pero ya hablaremos del comodoro Home Riggs Popham.

Ahora, en cuanto a la tercera clase de oficial de rango, digo que en modo alguno desdeña los valores de la obediencia y el coraje. Obediencia y coraje, Ashley, son justificación para la carrera militar en cualquier parte del mundo decente. Yo mismo he sido siempre partidario de la disciplina sólida. Pero esta clase de jefe carga un peso del que otros carecen; esta clase de jefe remite a veces hacia su propio interior y encuentra dos asuntos: el uso de la razón y la existencia del albedrío libre. Momento crucial, mi querido Ashley: el oficial, el hombre de mando, el comandante de un ejército, puede hallarse ante la duda. Según me enseñaron en la Academia Militar de Lochee, la duda y la debilidad son hermanas de sangre; según me enseñaron en la Academia Militar de Lochee, sólo Dios y el Rey están por encima de la obediencia. Y también, según me enseñaron con británica insistencia en la británica Academia Militar de Lochee, la duda es el preámbulo de la cobardía.

A usted y a mí, almirante, los años y las experiencias en combate nos han otorgado el lujo de otra perspectiva: dudar no sólo es posible sino a veces necesario y hasta inteligente.

¿Qué otra cosa más que la inteligencia aplicó usted

como comandante de la Real Flota durante la batalla de Avlone? No se alarme, por favor, los detalles finos no son cosa que se haya comentado: sus oficiales de entonces fueron prudentes y leales.

Yo lo supe, o mejor dicho, lo supuse, después de haberlo pensado durante mucho tiempo, porque a usted lo conozco bien, y respeto y admiro su modo de actuar. Y no olvide que también, como usted, soy un buen jugador de ajedrez.

Recuerdo las órdenes del Almirantazgo de la época: “Eliminar todo vestigio francés que surque los mares”. Durante estos años he reflexionado: si usted hubiera hundido sin titubear aquella última nave enemiga en Avlone; si usted, después de mandar a pique aquellas dos fragatas y aquellos tres bergantines, no hubiese rodeado con la flota al navío mayor —precisamente la nave capitana— y lo hubiera bombardeado a fuego incesante hasta desbaratarlo y hundirlo; si usted, estimado Ashley, no hubiese dudado ni un instante y hubiese seguido sus órdenes a rajatabla, habría perdido una gran nave como trofeo de guerra y habría desperdiciado en el mar sesenta y cuatro cañones, infinidad de enseres navales y una tripulación entera. Quiero decir y digo: un acto de absoluta inutilidad.

Pero usted dudó, Ashley. Y su duda derivó en un suceso cruzado por la inteligencia: no exigir la rendición del francés para no contrariar las órdenes del Almirantazgo. Esperar. Esperar un poco. Sencillamente esperar, con sus doce barcos rodeando y asfixiando al solitario navío rival, dándole tiempo al capitán enemigo para pensar: un suicidio glorioso pero irrelevante con su barco y su gente, o una honrosa capitulación bajo la más adversa

de las situaciones. ¿Era aquel francés sin rostro un hombre sensato, un sabio jugador de ajedrez?

Sonríe usted vagamente, Ashley. Y su sonrisa no hace sino sellar mis afirmaciones. De modo que le ruego no niegue lo que ahora digo: imagino su íntima satisfacción, almirante, al ver izada la bandera blanca a popa de la nave enemiga, después de algunos minutos. “Eliminar todo vestigio francés que surque los mares”, a menos, naturalmente, que tal vestigio presente rendición previa. Esas leyes de guerra no escritas y a menudo contradictorias: no está bien visto que se bombardee una plaza después de su capitulación. De manera, Ashley, que su victoria fue total, y ello sin torcer la voluntad de Londres y sin inútiles derramamientos de sangre.

Lo sé: éstas no parecen las palabras de un soldado; éstos no parecen los pensamientos de alguien que ha servido a la Corona durante tantos años con vocación y con fidelidad. Hay nobles espíritus, patrióticos espíritus que se ofenderían con el sólo hecho de imaginarlos, ¿no es así? Para aquellos pulcros sentimientos sobre el honor, no existe ninguna clase de sangre enemiga derramada inútilmente. Esas gentes cargan más rigor en sus oídos que en sus almas.

Pero veo que esta conversación lo ha turbado un poco. Serénesse, Ashley; serénesse. Estamos solos. Solos, usted y yo, sin orejas militares en la cercanía. Y yo me siento en condiciones de reclamar el derecho a la duda. No hablo de cobardías sino de dudas; esto es: humana y momentánea falta de certeza absoluta. Pregunto, ¿en qué lugar de los Cielos o de la Tierra escribió Dios algo sobre la obligación de la certeza absoluta? ¿En qué academia militar, Ashley?

El capitán francés no fue tonto, y bien podríamos ahora brindar a su salud con un poco de brandy. Él, como usted, supo dudar a tiempo para luego tomar, a mi juicio, la correcta decisión.

Yo también debí vérmelas, en su hora, con un francés nada tonto, allá en el Río de la Plata. Y yo también dudé, almirante, pero no sólo de las acciones y decisiones propias de la guerra, sino que dudé de todo: de mi papel como comandante militar, de mi papel como hombre, de mi papel en el mundo. Dudé, estimado Ashley. Y, aunque con resultados bien diferentes a los suyos, por mi sangre que no me arrepiento de haber dudado.